

como ahora, Dios lo sabe, y Dios nos lo perdone, el espíritu está pronto, pero la carne es flaca.

Al sur de la puerta del jardín, y al fin de un callejón sin salida, se encuentra una columna de granito truncada, que es el único resto que queda de una iglesia que aquí se elevó en otro tiempo.

Este es el lugar donde Júdas dió el beso traidor á su Maestro. Aquí fué donde se consumó el crimen mas grande que registra la historia.

La Redencion fué decretada por Dios en la eternidad; pero ¡ay de aquellos que en el espacio y en el tiempo sirvieron al Redentor de verdugos!

Nuestro guía, el judío Mussa, nos habia conducido á todos estos sitios; pero se habia mantenido á buena distancia de ellos. Los cristianos prohiben á los judíos profanar con su presencia los lugares santos de la Redencion, y los judíos se desdeñan de visitarlos. Siempre recordaré que Mussa, al presenciar el horror de que estábamos poseidos en el lugar donde Júdas entregó al Salvador, prorumpió en risas estrepitosas, y nos dijo:

—Se atormentan vdes. con ficciones y padecen con las cosas fantásticas, como si fuesen reales. He conducido á vdes. á estos lugares, porque todos los viajeros latinos desean mirarlos; pero en verdad aquí nada ha sucedido de lo que se imaginan, ó no vale la pena si ha sucedido. Jesus, si jamas existió, fué un acusado vulgar como tantos otros, que padeció los tormentos destinados en ese tiempo á los reos de muerte, y murió en la cruz como tantos otros, en un lugar destinado para las ejecuciones.

Mr. Delestre, Procacci y yo, nos miramos estupefactos, leyendo en nuestros ojos el disgusto interior que aquellas palabras insolentes é insensatas nos habian causado. Mr. Delestre, impetuoso como buen frances, levantó su baston para dejarlo caer sobre Mussa; pero dominando su primer ímpetu volvió á bajarlo, y dijo tratando de disimular la emocion que lo agitaba:

—Mussa, hemos tomado á vd. por guía, aunque judío, en la inteligencia de que seria vd. bastante sensato para no insultar nuestras creencias en los lugares mismos que nos las avivan. Pero puesto que nos hemos equivocado, pagaremos á vd. el precio convenido, y nos dejará vd. caminar solos de aquí en adelante.

—Caballero, contestó Mussa arrepentido, conozco que he obrado mal y pido á vdes. mil perdones. No me arrojen vdes. de su compañía. Ofrezco á vdes. callar en lo sucesivo, y si no cumpliere mi promesa, quedan vdes. en libertad para hacer de mí lo que gusten.

Convinimos en perdonar á Mussa aquella falta, aunque nos propusimos no sufrirle la segunda. Y con esto comenzamos á trepar por las faldas del monte Olivete hácia la cumbre.

El incidente ocurrido me hizo pensar en la desgraciada situacion á que estaban reducidos los judíos de la Edad-Media en los países cristianos. Se les acusaba de proferir las mas horribles blasfemias y de cometer los mas abominables sacrilegios con las cosas mas santas de nuestra religion. Estas acusaciones, en gran parte falsas, juzgo ahora que pueden haber sido en gran parte verdaderas. El odio que estas acciones causaban, junto con la animadversion que los judíos atraian sobre sí por su sórdida avaricia y su descorazonada crueldad con los deudores, producía con harta frecuencia la sublevacion de las pasiones en su contra; y aquellos pobres séres, sin patria y sin proteccion, eran inmolados por las iras públicas, ó arrojados de los países y privados de sus bienes. Lejos estoy de aprobar las tiranías que se han hecho pesar sobre la raza hebrea en los siglos pasados. Pero por otra parte me las explico, porque he experimentado ya la indignacion que sus blasfemias sublevan. Las blasfemias de los judíos tienen un carácter mas grave que las de los otros hombres, porque el pueblo judío es el pueblo deicida, y añadir la blasfemia al deicidio es una enormidad que pone en combustion todas las indignaciones del pensamiento. Si yo no puedo tolerar que alguno diga mal de los séres que me son queridos, si no puedo dispensarme de combatir con-

tra los que insultan á mis padres, ¿será posible que escuche con indiferencia filosófica las blasfemias que se vomiten contra Dios, las ingratitudes contra Jesucristo?

Haciendo estas reflexiones, subía por las laderas del monte. Sin apercibirme de ello llegué á la cumbre. Mussa nos hizo notar que delante de nosotros habia una aldea que él nos dijo llamarse *Zeitun*. En pocos momentos estuvimos en ella. Nuestro guía nos condujo á una mezquita rodeada hácia la parte exterior por una muralla que formaba una especie de átrio á su frente. Llamamos á la puerta de entrada, pero como nadie acudió á nuestro llamado, empujamos la puerta, cedió, y entramos en el patio. De allí pasamos á la mezquita, que es sumamente pequeña, y ocupa el lugar de donde el Redentor se elevó al cielo en presencia de ciento cuarenta personas, despues de cuarenta dias de resucitado. Los musulmanes tienen levantado este templo á la Ascension, porque ellos tambien veneran á Jesus bajo el nombre de *Issa*, y lo tienen por el segundo profeta despues de *Mohammed* (Mahoma). En la mezquita se encuentra grabada la forma de un pié, en una piedra rodeada de trozos de mármol. Los musulmanes veneran esta huella diciendo que Jesucristo la dejó al subir á los cielos. Muchos cristianos dan asenso á tal aserto; yo respeto su modo de pensar, pero para mí esta huella es apócrifa.

Saliendo de la mezquita, hácia el ángulo izquierdo del patio, se encuentra una escalera que conduce á lo alto del minarete. Subimos por allí, y cuando hubimos llegado á la parte mas elevada, disfrutamos del panorama mas grandioso que puede imaginarse.

A nuestras plantas, nuestra mirada se sumergia en el valle de Josafat, cuya etimología *Yaho, Dios, y shafat* juicio, quiere decir *juicio de Dios*. Encima del valle, á nuestro frente, Jerusalem se levantaba en anfiteatro, con sus casas cuadrilongas de piedra y sin ventanas, semejantes á tumbas gigantescas. Sus calles estaban desiertas; ni un ruido habia que turbara su silencio; hubiérase dicho que aquella ciudad callada era un vasto cementerio. El sol caía á plomo sobre Je-

rusalen y reverberaba sobre las piedras desnudas de sus habitaciones. La luz y el calor así reflejados, molestaban los ojos; parecia una ciudad maldita devorada por las llamas del cielo.

Hácia el valle de Josafat se veía la extensa planicie cuadrada del antiguo Templo; en medio de ella se levanta la hermosísima mezquita de Omar, como eterna reprobacion de aquel lugar antes sagrado. Su alta cúpula azul era el único punto de solaz que encontraba la vista en medio de aquel recinto deslumbrador y flameante.

Al sureste se veían el camino de Belen, el convento griego de San Elías, el valle de Rafain, el monte del Mal-Consejo, y mas acá el valle del hijo de Hénon y el campo de Haceldama. A continuacion el monte de los Olivos y el del Escándalo.

Al este se extiende el desierto de Judea, montañas abruptas y pedradas, á cuyo fin se encuentra, sumido en profundísima hoya, el Mar Muerto, que parece humear todavía con la cólera de Jehová! Mas lejos, cerrando el cuadro, se dibujan como inmensa muralla las montañas de Moab.

De en medio de este espectáculo grandioso subió de la tierra el Salvador del mundo para sentarse á la diestra del Padre. A sus plantas estaba Josafat, á su derecha la ciudad culpable, á su izquierda la Pentápolis, esto es, el Mar Muerto, y á su frente hallábanse Belen, y ese Occidente hácia donde parecia volverse de preferencia el Evangelio.—

Disfrutado á nuestro sabor el sublime cuadro, bajamos del minarete, salimos de la mezquita y nos dirigimos, conducidos por Mussa, á un edificio cercano que se alza sobre la misma cumbre del monte Olivete. Es una especie de casa de retiro con un pequeño templo, que ha levantado en aquel lugar una dama francesa, la princesa de la Tour d'Auverne. Segun la tradicion, fué aquí donde Jesucristo enseñó el *padre nuestro* á sus discípulos; aunque conforme al parecer de los doctos, el sitio donde pasó esta escena fué una montaña de Galilea.

Como quiera que sea, la princesa, abundando en la primera opi-

BIBLIOTECA ALFONSIANA

nion, se ha dedicado á venerar esta pequeña área, que cree santificada por el hecho referido. Ha salido de Francia renunciando á las cosas del mundo para venirse á vivir en esta habitacion solitaria, donde lleva una vida monástica. Hace decir varias misas diariamente en su capilla, y permanece allí arrodillada el resto del día elevando á Dios sus alabanzas. En la sacristía de la capilla, la princesa se ha hecho levantar anticipadamente su tumba.

La espalda del edificio está formada por un patio rodeado de una hermosa arquería. En las paredes de este patio se mira el *padre nuestro*, escrito sobre grandes placas de mármol, en treinta idiomas diferentes.

El guardian árabe nos condujo á un pequeño museo, donde se muestran algunas antigüedades del tiempo de los Cruzados. Cuando hubimos echado una ojeada general sobre estos objetos, el guardian nos presentó un libro y una pluma para que escribiéramos nuestros nombres. Había en aquel libro pensamientos sueltos y poesías en todos los idiomas europeos, excepto el español.

Procacci tomó la pluma el primero y escribió una oracion devota. En cuanto á mí, nada encontré mejor, para dejarlo consignado en aquel album, que las palabras salidas de la boca del Maestro en aquel sitio: *Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre*. Mr. Delestre, participando de mis mismos sentimientos, prosiguió escribiendo; *notre père, que votre regne arrive*; con lo que, entre él y yo, dejamos allí consignada, mitad en frances, mitad en español, toda la oracion dominical.

Salimos luego de la casa de la princesa y fuimos á visitar á poca distancia el lugar donde se dice que los apóstoles compusieron el *credo*, esta oracion sublime que comprende todas las profesiones de fé del cristianismo.

Desde aquella altura mostrónos Mussa un campo que fué en otro tiempo Betfage, donde los discipulos encontraron amarrado el asno sobre cuyos lomos entró Jesucristo en Jerusalem.

Hizonos ver asimismo el lugar donde Jesucristo lloró sobre Jerusalem, cuando al descender de este monte, los fariseos le decian que reprimiese la alegría de sus discipulos que alababan á Dios por los prodigios que habian visto. Entonces Jesus les dijo: *si estos callan las piedras gritarán*.

Al aproximarse Jesus á Jerusalem, viendo la ciudad, lloró sobre ella diciendo: *Si tú conocieses á lo menos en este dia que te ha sido concedido, lo que importa á tu paz! Pero ahora en tu ceguedad nada comprendes. Porque dias vendrán en que tus enemigos te cercarán con baluartes, y te pondrán asedio, y por todas partes te estrecharán y te derribarán por tierra á tí y á tus hijos que están en medio de tí, y no dejarán de tí piedra sobre piedra, porque no has conocido el tiempo en que has sido visitada. Y tambien dijo: Jerusalem! Jerusalem! cuántas veces he querido reunir tus hijos en torno mio, como la gallina cobija sus polluelos bajo sus alas; pero tú no has querido!*

En efecto, Tito vino y destruyó la ciudad deicida, y desde entonces acá, Jerusalem es un pueblo miserable, y los judíos andan proscritos y errantes por la tierra.

Al regresar á Jerusalem por la puerta de San Estéban, Mussa nos condujo al frente de una casa que ocupa el lugar donde se levantó la de Simon el fariseo. Allí fué donde pasó aquel tiernísimo episodio entre Jesus y la Magdalena, cuando esta arrojó perfumes sobre los piés desnudos del Maestro, en tanto que los rociaba con sus lágrimas y los enjugaba con sus cabellos; y allí fué donde Jesucristo pronunció aquellas palabras eternamente sublimes: *vuestros pecados os son perdonados, porque habeis amado mucho; vuestra fé os salva, andad en paz*.